

GILRAEN EÄRFALAS

NO ME
LLAMES
LOCA

© 2025, Gilraen Eärfalas

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de portada: © Lulybot

Fotografía de la autora: cortesía de Gilraen Eärfalas

Viñetas de interiores: Melisa Muñiz

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2025

ISBN: 978-607-39-3280-6

Primera edición impresa en México: agosto de 2025

ISBN: 978-607-39-3266-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO 1

DANNIELLE MORGAN BLACKWOOD

*Callar fue lo primero que aprendí.
Y lo único que aún me sale bien.*

—¡*Madame*, por favor! —Tuerzo la manija de izquierda a derecha, una y otra vez. Apenas puedo sentir los dedos, pero uso toda la fuerza que me queda en intentar abrirla—. ¡Por favor! ¡Seré buena! ¡Por favor! —Golpeo la puerta con ambos puños. El metal oxidado ni siquiera responde con una abolladura. Mi boca está tan seca que me arde despegar mi lengua del paladar—. ¡*Madame!* Lo haré, lo haré, no volveré a hacer enojar al señor Freeman, por favor. —Me agacho para gritar por el espacio entre la puerta y el suelo para que me escuche. Mi estómago se retuerce con ira. Cinco días sin agua, cinco días sin leche, cinco días sin pan. Me muerdo la palma con fuerza para arrancarme un pedazo de carne; quiero mojarme la garganta con sangre, aunque sea un poco—. ¡*Madame!*

Mi frente toca el suelo.

«Debí ser buena, debí callarme. ¿Por qué eres tan desobediente, Danielle?».

Me muerdo el labio por dentro. No tengo fuerzas, pero lo

succiono con desesperación. El sabor a hierro me acaricia por un momento.

La puerta rechina al abrirse, y el ruido me hace retroceder. Me quito el cabello de la cara.

¿Se apiadó? Esta vez sí. Esta vez seré buena. Lo haré todo bien.

Me arrastro, las heridas me escuecen; sin querer, abro una que ya estaba cerrándose y un líquido amarillento con olor a aceite sale de ella empapándome el muslo.

Levanto la cabeza y veo a dos hombres tan grandes que sus cabezas casi tocan el techo, llevan trajes oscuros y el rostro cubierto con máscaras de bronce en forma de cerdo. Uno de ellos ajusta un trípode y el otro toma una fotografía. El destello me enceguece.

«No, por favor, no».

Respiro rápido.

Quiero gritar, pero las palabras se enredan con el miedo.

«No llores, no llores, cierra los ojos, ciérralos, no grites, pasará, pasará pronto».

Grito.

El sonido me despierta.

Jadeo. Abro los ojos de golpe y volteo a ambos lados. Está oscuro. Estiro la mano en busca de la lámpara. Toco el botón, y por mi torpeza la derribo. La luz se tambalea desde el suelo.

Me toco el cuerpo en busca de un rastro de dolor, pero no hay nada. Me incorporo de un tirón y quito la cobija para ver mis piernas: están bien, no hay golpes. Exhalo con lentitud y veo a mi alrededor. No hay nadie, estoy sola, a salvo.

Otra vez esos sueños, ¿hasta cuándo se irán? Cada vez que regresan, vuelvo a sentirme sucia, como si todo acabara de suceder. Es como eso que llaman dolor fantasma, pues nadie me está tocando; ya no tengo heridas en las rodillas, mi boca está

húmeda, pero percibo manos sobre mi pecho. Siento que despi-do olor a costra y me apresuro a beber el galón de agua que des-cansa en el piso, por miedo a que me lo quiten mañana.

La tenue luz del amanecer se cuela por la ventana. Miro cómo el cielo se pinta de lavanda y naranja.

«Ya no hay mal, ya no».

Tengo que recordarlo. Fue un sueño.

Un sueño.

Apago la alarma antes de que suene. Una gota resbala por mi labio, me toco con los dedos y veo el líquido rojo. Sangre. Me mordí estando dormida. El sabor metálico me revuelve el estó-mago, pero mantengo la calma.

Todo está bien.

Me levanto para ir al baño.

Lavo mi boca, escupo la sangre en un hilillo y miro la herida que me hice, no fue grave, se disimula.

En la cocina, saco un mango de la bolsa del súper que no de-sempaqué. Conseguí tres por menos de diez pesos. Me obligo a saborear cada pedazo, con la intención de mantenerme presente.

Me pongo mi uniforme: pantalón, camisa, zapatos y bata blanca. Me recojo el cabello en una trenza que me cae hasta los omóplatos y dejo unos mechones sobre el rostro.

Todos los días trato de despertarme muy temprano para ir caminando a la facultad y apreciar cómo va saliendo el sol entre las montañas. Me hago aproximadamente cuarenta minutos en llegar, casi nada; me ahorro lo del pasaje para comprar alguna otra fruta rara. La semana pasada vi algo en forma de planta carnívora, color rosa fuerte, por dentro era blanca con puntitos negros; he olvidado su nombre, pero será mi próxima adquisición. Es un poco más cara que el mango, pero si me regreso caminando es seguro que reuniré el dinero.

Ya alcanzo a ver los edificios de la Facultad de Medicina. Ithil.

Fue bautizada en honor al doctor Ithil: médico, poeta y muralista. Vivió en una época en la que compartir conocimiento era un acto de herejía que podía costarte la vida. Pero él convirtió la ciencia en arte: escribía versos que hablaban de pulmones, creó cuentos que explicaban el sistema circulatorio e hizo pinturas que escondían órganos bajo galaxias. Así formó a sus discípulos sin que la Inquisición pudiera callarlo.

Tiene bien merecido que lo sigamos nombrando.

Llevo casi un año caminando por los pasillos de la facultad, y aún siento que es lo más parecido al cielo: blanco. Todo blanco. Uniformes, pisos, paredes, mesas, bancos.

Es lunes, el día más cargado. Los profesores llegan irritables, dejan tareas imposibles. Mañana nos llamarán irresponsables. Dirán que en sus tiempos hacían el triple. Que trabajaban, criaban hijos, atendían pacientes y esposas, y aún les sobraba tiempo para leer a Kafka. Yo he hecho cálculos. El día siempre ha tenido veinticuatro horas. Así que lo dudo.

En la hora libre saco el libro que me regaló el doctor Cadwell, es una de sus formas amables de ayudarme a conocer el mundo. Se titula *Romeo y Julieta*, que, por cierto, ayer escuché en el camión que está en el cine. No he investigado muy bien qué es un cine, pero se parece a una televisión enorme. ¿O eso era el teatro? No, el cine. Sí.

—Oye, te aviso que se suspendió la clase. —Una voz femenina me saca de mis pensamientos, alzo la vista—. Te llamas Dannielle, ¿verdad?

Asiento.

—Soy Pralina. —Me tiende la mano—. Creo que nunca habíamos tenido la oportunidad de hablar, siempre que te miro estás leyendo. ¿Te gusta estar sola?

—Sí, bueno, quiero decir, no. Un poco. —Sacudo la cabeza apenada.

Guardo el libro con torpeza y me cuelgo la mochila al hombro. Me esfuerzo por brindar un gesto amable antes de seguir mi camino, pero Pralina me llama de nuevo.

—Danny. —Me detiene—. ¿Quieres ir a la cafetería? —Sonríe.

—Cafetería.

—Sí, a comer algo, ¿vienes? Allá están Sam y Candy, sabes quiénes son, ¿no? También están en la clase de Neuro.

—Sí, sé quiénes son.

Levanta las cejas esperando mi respuesta.

¿Quiero ir con ellas?

Saco mi teléfono para ver la hora, ya pasan de las seis.

—Oh, vamos. —Me entrelaza su brazo sin esperar mi respuesta—. No mordemos... bueno, algunas veces.

En el trayecto del domo a la cafetería, muchos profesores la saludan. Creo recordar que el primer día mencionó que su papá es el director del Hospital Vincent Warren, el más importante de la región. Quizá por eso todos la tratan con esa mezcla de respeto y familiaridad. Es el hospital más importante de Hamleïn debido a sus servicios de atención al paciente, docencia e investigación.

No puedo evitar mirar a Pralina, es muy hermosa, tiene el cabello ondulado, dorado y largo, casi hasta las caderas. Su olor a frutos rojos me envuelve la cara.

Camina tan segura que me hace sentir que mis pasos se tuercen.

Me comienza a platicar de su proyecto para el concurso de Anatomía. Cada año, en el aniversario de la universidad, festejan con un festival de Arte y Medicina, en donde los alumnos escogen un tema y lo representan, ya sea en pintura, cartel, poesía, teatro o escultura; es de libre elección.

—Junto con Sam estamos armando una maqueta interactiva sobre la hipoacusia en recién nacidos —explica—. Va a tener sensores, luces, incluso una interfaz que distorsiona el sonido,

para que los visitantes experimenten cómo oye un bebé con pérdida auditiva.

Habla mientras sus manos dibujan en el aire lo que todavía no existe. Sus uñas largas y rojas le aportan elegancia. Su charla es como una coreografía delicada.

La observo en silencio. Analizo sus gestos, tratando de aprender e imitar su entusiasmo.

Mi pecho se acelera. Temo que de pronto se quede callada, que la conversación vuelva hacia mí y no sepa sostenerla.

Ella sigue hablando con emoción; menciona que su padre le está ayudando a contactar a un equipo de otorrinolaringología para validar parte del proyecto y que incluso le sugirió vincularlo con su futura tesis.

—¿Y tú? ¿Qué harás? —pregunta finalmente.

—No estoy segura, estaba planeando hacer una pintura sobre el cuerpo humano.

—¿Tú sola?

Asiento.

Ella aparta la mirada, como si buscara algo interesante en los almendros.

Me da la impresión de que mi respuesta no fue lo suficientemente interesante.

—¿Así eres siempre? —pregunta.

—Supongo.

El silencio se hace otra vez.

Maldita sea, Dannielle, podrías haber dicho algo, lo que sea. Una frase completa.

Llegamos a la mesa de la cafetería, ahí están Samantha y Candy, al vernos sonríen y mueven sus cosas para hacernos espacio. Me esfuerzo por no mostrar mi torpeza y levanto una mano, saludándolas con una sonrisa nerviosa.

—Soy Dannielle —digo, sin saber bien si eso hace falta.

—Encantada —dice Sam, enroscándose con el dedo un mechón de su cabello rojo.

—¿Gustas? —Candy me ofrece una galleta y la tomo; la verdad me estoy muriendo de hambre.

Las escucho conversar, pero no entiendo nada, hablan de un concierto, después de una actriz que se hizo su quinta cirugía estética y quedó mal, después de maquillaje, luego de una fiesta y de un chico del sexto semestre que se metió con la encargada del laboratorio a pesar de ser veinte años mayor que él y estar casada. Después Samantha cuenta que es la última vez que finge un orgasmo para evitar herir susceptibilidades.

Mis ojos se mueven como un gato persiguiendo una pluma. No entiendo bien el juego.

—Creo que todas hemos fingido —dice Sam—, ¿o tú qué dices, Dannielle?

—¿Fingir qué? —Me perdí.

—Un orgasmo, ¿los has fingido? —Sam me mira sonriendo.

—A mí me han tocado puros precoces —comenta Pralina—, es mi maldición.

—Yo creo que tanta pornografía los vuelve precoces —tercia Candy, desliza sus lentes sobre su cabeza y se echa el cabello hacia atrás.

Las cámaras me apuntan, los dos hombres con máscaras me acomodan en medio de una cama con sábanas rojas y me indican que debo acariciarme las piernas.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, intento no derramarlas. Fracaso.

Uno de ellos se da cuenta y me abofetea porque estropearé su video, el otro le dice que las lágrimas podrán darle valor agregado.

—El dolor vende —menciona.

Un zumbido me atraviesa el cráneo. La vista se me desenfoca, parpadeo varias veces.

Una gota de sudor frío se desliza por mi espalda.

—Dannielle, ¿todo bien? —Pralina voltea su rostro hacia mí.

Me doy cuenta de que mis dedos sobre la mesa tiemblan.

—Perdón, me duele un poco la cabeza, creo que debo irme.

—Me levanto de mi silla, meto una de mis manos empuñada en el bolsillo de mi bata. Me siento enojada, airada y frustrada conmigo.

—¿Quieres una pastilla? Traigo ibuprofeno. —Candy agita el frasco sobre mi mano y me obsequia tres.

—Te lo agradezco. —Guardo las pastillas como si me hubieran dado un recuerdo.

Aprieto la correa de la mochila contra mi pecho.

El dolor en las sienes me está matando, y viene acompañado de rabia.

La estaba pasando bien, aunque no entendiera nada, aunque no aportara a su charla; por un momento, era una mujer de veintitún años y no una niña enjaulada en su cuerpo.

No puedo caminar más.

Tomo el transporte.

Al llegar a casa, doy un portazo.

Lanzo mis cosas al sillón deshilachado.

En el baño me mojo la cara. Veo en el botiquín los frascos de mi tratamiento, alineados como soldados obedientes, inútiles. Los vacío en el inodoro.

Se supone que deberían ayudarme, eso dijo Cadwell, sin embargo, no hacen nada más que provocar que me tiemble la mandíbula y las piernas.

Jalo la palanca.

Recargo mi cabeza en los azulejos. El sonido de mi respiración es todo lo que escucho.

Observo las cuarteaduras que atraviesan la regadera, preguntándome cuánto resistirán antes de colapsar. Como yo, como todo.

Ojalá lo hicieran ya.

Ojalá suceda esta noche.

«Esta es tu vida».

Aprieto mis ojos, quiero olvidar, quiero olvidar, por favor,
solo quiero olvidar.

CAPÍTULO 2

DANNIELLE MORGAN BLACKWOOD

*Anatomía cadavérica:
El arte de aprender sobre la vida,
a través de quienes ya no la tienen.*

Segundo edificio, tercer piso, al fondo: «Anfiteatro».

El frío del aire acondicionado es diferente aquí. Helado, con la intención de preservar.

Entro en silencio. Las gradas de concreto ascienden en semicírculo alrededor de una mesa metálica en el centro de la sala.

Las luces, frías y directas, cuelgan desde el techo. No permiten sombra.

Abajo, sobre la mesa, reposa un cuerpo cubierto parcialmente con sábanas quirúrgicas celestes. Una etiqueta blanca cuelga de la base de la camilla: «Nombre. Edad. Fecha de ingreso. Causa de muerte».

A los cuerpos donados se les trata con respeto absoluto. No les llamamos *cadáveres*. Son *pacientes*. Son *maestros*. Son quienes aceptaron enseñar aun después de irse.

«Ojalá todos los cuerpos fueran tratados así siempre. Incluso en vida».

Busco asiento entre las filas. La mayoría ya están ocupados.

Pralina levanta la mano desde la tercera fila, haciéndome una seña delicada. Me indica un lugar libre a su lado.

Sam está junto a ella; Candy, más allá. Las tres tienen cuadernos en el regazo y lapiceros entre los dedos.

Pensé que después del día en la cafetería, volvería a quedarme al margen. Que había sido un momento breve. Un accidente social.

Camino hacia ellas.

Me acomodo en el asiento.

—Gracias —murmuro, apenas audible.

—¿Cómo está tu cabeza? —susurra Candy.

—¿Mi cabeza?

—Dijiste que te dolía —recuerda Sam.

—Ah, sí... —Hago una pequeña mueca que intenta parecer una sonrisa—. Ya mejor. Solo era cansancio, creo.

—¿Estudiaron? —pregunta Pralina, sin apartar la vista del cuerpo en la mesa.

—Lo justo para sobrevivir. —Candy bosteza y se sube los lentes a la cabeza para tallarse la cara.

—Igual ni sirve —responde Sam—. El doctor pregunta cosas que parecen inventadas. ¿Recuerdas cuando me preguntó lo del ganglio estrellado? Ni sabía qué era eso.

—Sí sabías —replica Candy—, solo que te congelaste.

—¿Tú no te congelarías si te clava esa mirada de «hágame recuperar la fe en la humanidad» y luego te lanza un «responda»? —Sam se lleva una mano al pecho—. Yo estaba a un segundo de disculparme por nacer.

Las tres ahogan sus risas con las manos.

Me gusta escucharlas. No me siento obligada a intervenir, eso lo hace más fácil.

Se abre una de las puertas laterales.

El silencio cambia, los ligeros murmullos desaparecen.

Entra el doctor Zerav. Neurocirujano. Su presencia basta para poner a todos en posición.

Saluda. Breve y firme.

Con un control remoto activa las pantallas suspendidas sobre nosotros. Son dos grandes monitores, uno a cada lado del anfiteatro, en los que se proyecta una vista cercana del procedimiento. Y de inmediato inicia la clase.

Neuroanatomía. Encéfalo. Cerebelo. Médula espinal.

Indica lo que va a mostrar. Lo que espera que sepamos. Comienza a trabajar sobre el cráneo abierto del donante.

Describe el trayecto de la arteria cerebral media, habla del polígono de Willis, de zonas funcionales, de los efectos clínicos ante un infarto en tal o cual región.

La arteria cerebral anterior aparece en la pantalla: fina y pálida como un hilo. Él la señala, explica su bifurcación, lo que ocurre cuando se bloquea.

Menciona un caso clínico.

Una mujer.

Un infarto.

El resultado.

—No estudien para pasar un examen. Estudien para no matar a alguien el día que estén solos frente a una mesa como esta —dice con un tono seco.

Y entonces me pregunto cuántos se han equivocado.

Cuántos de los que se ven tan seguros alguna vez fallaron.

¿Existirá un médico que no haya presenciado una muerte provocada por su propio error? ¿Por una distracción de segundos? ¿Alguien que de verdad tenga las manos limpias?

Yo no podría. No podría dormir sabiendo que algo que olvidé..., que algo que hice mal... terminó con alguien.

Llaman a la puerta y esta se abre con lentitud.

Entra un hombre alto, delgado, con la bata perfectamente

planchada. Me detengo en sus ojos, en su color, un azul vibrante.

No lo había visto.

Zerav levanta la mirada, visiblemente irritado por la interrupción.

En cuanto lo reconoce, su semblante se suaviza, y su voz también.

—Doctor Almond, dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Perdón por la interrupción, doctor. ¿Podría liberar el anfiteatro unos minutos antes? Está por llegar el nuevo donante del Hospital General y necesitamos preparar el ingreso.

Zerav asiente. No discute.

Hay algo en la presencia de ese hombre que impone sin esfuerzo.

Y entonces se va, tan tranquilo como entró.

Las bancas comienzan a vaciarse con lentitud.

Recogemos nuestras cosas y salimos al pasillo.

—Como ya lo ascendieron, ahora sí entra a todos lados como si nada —dice Pralina mientras se acomoda el cabello detrás de la oreja.

—¿Quién era? —pregunto sin pensarlo mucho.

—Es el profesor de Cardiología —responde—. Pero ahora también es coordinador de Prácticas Clínicas y jefe de piso de Cirugía en el Vincent Warren.

Giro ligeramente mientras camino.

Abren ambas puertas y alcanzo a ver cómo empujan la camilla del nuevo donante hacia el interior del anfiteatro.

—Se ve bastante joven para todo eso.

—Lo es. Pero es brillante. O muy obsesivo. O las dos cosas. Va del hospital a la facultad. No hace nada más.

—¿Y cuándo vive? —inquiére Sam.

—No vive —responde Pralina—. Solo trabaja.

No lucía cansado.

—¿Tenemos otra clase? —pregunta Candy, sacando su teléfono.

—Hasta dentro de una hora. —Pralina revisa el horario—.

¿Vamos a la cafetería?

—Me encantaría, pero ahora tengo clase con el doctor Farías.

—Sam hace una mueca cansada—. Pedí mi cambio.

—Es la segunda vez que te cambias —bromea Candy.

—Sigo en busca de voces que no me duerman, lo lamento

—responde Sam, antes de despedirse con la mano y tomar el elevador.

Pralina se vuelve hacia mí.

—¿Y tú, Danny? ¿Vienes?

—Sí, claro.

Las escucho hablar de los preparativos de su proyecto; ya debería comenzar con el mío.